

SEXTO TRIMESTRE.

25 de Diciembre 1838.

CAPILLADA 103.

(51 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.



*Si quis dixerit Fr. Gerundii
capillam non attingere Piri-
neum allende, anathema sit.*

Si alguno digere que la capi-
lla gerundiana no llega del otro
lado del Pirineo, me planto sobre
su alma y le hago polvo.

CONC. 3. GERUND. CAN. 25.

DON QUICHOTE CON CE Y HACHE.

Señor, aquí le traigo á vd. un don Quicho-
te para que vd. le vea.—¿Cómo dices?—Señor,
un D. QUICHOTTE con C y H, y no con J como vd.
lo pronuncia.—Hombre, Pelegrin, tú me vas
á acabar con el alfabeto de la lengua. El otro
dia me quisiste desterrar la *eñe*, y hoy pare-
ce que intentas suprimir la *jota*. No, no: esto

no va bien. Me parece que me ha de tener mas cuenta suprimirte á ti.—Mire vd. señor, en ese caso suprima vd. primero *el Consejo de las Ordenes* que hace menos falta que yo.— Eso es lo que me incomoda en ti, Tirabeque, esa manía de hablar de las cosas sin venir á cuento, ó lo que se llama sin ton ni son. Ya sé yo que convendría suprimir el Consejo de las Ordenes, y aun de ello pensaba hacer un artículo razonado; pero ¿te parece que basta hablar de las cosas así sin mas ni mas, sin pensar en si vienen ó no á pelo?—En eso está el mérito mio, señor, que diciendo yo las cosas *al vultum tum*, le ahorro á vd. muchos artículos razonados; y eso no lo puede hacer nadie mas que un lego como yo. Y desengañese vd. mi amo; las verdades en todo tiempo y lugar vienen bien. No; sino ándese vd. buscando ocasiones y las mas se le quedarán á vd. por decir.—En parte no te falta razon, Peregrin; y aun por conocer tú que no me eres inutil abusas muchas veces de mi bondad y mis condescendencias. Pero en cuanto á eso del Consejo de Ordenes, si tú leyeras con cuidado las sesiones de Córtes, verias que ya se ha presentado una proposicion al Congreso relativa á su supresion. Con que ese ya es negocio

de las Córtes.—¡Ah señor! Entonces larga vá la cosa. Yo era de parecer que se suprimieran también por ahora las Córtes.—Atrevido en demasía te me vas haciendo, lego indómito y mal aconsejado.—Señor, pues si no hacen mas que gastar el tiempo en entrepelarse, ó repe- larse, ó como llaman eso, unos á otros, y ha- cer estar allí al gobierno cinco horas diarias todos los dias; como si los pueblos les envia- ran allí á lucir las ritóricas; para ritóricos bastamos los escritores públicos ¿no es verdad, señor? No; si como soy Tirabeque fuera go- bierno.... luego daba una real orden sin que lo supiera S. M.....

Las sandeces, Tirabeque, tienen una ven- taja sobre las mas agudas discreciones, y es que estas recrean de algun modo el ánimo; pero aquellas le hacen prorrumper en risa; y de esta naturaleza son las tuyas. Con que va- mos, déjate ahora de supresiones, y dime qué quichote ó chichote es ese que quieres ense- ñarme.—Señor, no se ria vd., que asi está escrito en letras de molde y bien bonitas.— A ver, hombre, á ver.

Calla, calla; este es el Quijote en francés. Preciosa edicion! ¿Dónde te han dado esto?— En la librería estrangera de la calle de la

Montera, que quando yo llegué acababan de recibir una remesa de libros á cual mejores, señor. Yo no vi mas que los forros, pero por fuerza deben ser unos libros de mucha aquella: y aquel señor que nos asienta á nosotros las suscripciones de los que se suscriben á vd. y á mi, me dijo: toma, Tirabeque, lleva eso á tu amo para que vea una cosa buena.

En efecto era una preciosa edicion del Quijote en francés, y en 4º, traduccion de *Mr. Viardot*, en finisimo papel vitela y adornada con mas de mil quinientas láminas y viñetas finas. Alegréme mucho de la ocasion que se me proporcionaba de examinar lo que era esta obra clásica de uno de nuestros mas célebres ingenios traducida á un idioma estrangero. Desde que le abrí, conocí en las láminas que lo que tenia en las manos no era un Quijote original español sino un Quijote traducido; un caballero seco sí, pero no avellanado; un francés enjuto, pero no un amojamado manchego, un extravagante aventurero, pero no un caballero de la triste figura. Cuando Tirabeque vió á Sancho, sin acordarse que lo que tenia en la mano era el D. Quijote, me dijo lleno de indignacion; señor, este soy yo: ¿Quién le ha mandado á ese futro de ese francés pintarme á

mi en ese libro? El diablo me lleve si no es Monsiur Molé el autor de este libraje, y ha querido vengarse de mi, porque he dicho de él lo que se merecia. Ah señor! y aqui hay un fraile que se parece á vd.: mire vd., mire vd. el pícaro del Monsiur si ha tomado buena venganza de nosotros.—Calla, tonto, le dije: si ese que te se figura que eres tu, es Sancho; sino que los franceses no tienen una idea esacta de como son nuestros Sanchos y nuestros Quijotes; y ese otro que dices se parece á mi, es un fraile cualquiera, que por cierto maldita la falta ni el papel que hace ahí, pues no tiene otra aplicacion sino que diciendo D. Quijote en el capítulo 13; *«no quiero decir por eso que el estado de caballero andante sea tan santo como el de monje esclaustrado,»* sin mas que por esto se le antojó al traductor pintar ahí un fraile, porque se les figura á los franceses que no pintando frailes no pintan españoles.

¡Jesus, Señor, qué pollino tan mal pintado! Quién le ha dicho á Monsiur Molé que los burros españoles tienen asi las orejas? Las tendrá él.—Empeñado en que ha de ser Mr. Molé el traductor de esta obra. Si no es él, majadero, sino Mr. Viardot, y el de las estampas es un tal Mr. Joannot.—Pues digole á vd. mi

amo, que ni ese Vigardote ni ese Juanote ó como se llamen, saben pintar burros españoles. Y ese que toca esa trompeta ¿quién es?—Tampoco es trompeta, sino cuerno; pues el que le toca es el porquero aquel que encontró D. Quijote en su primera salida, y cuya cornea tocata le pareció la señal de aviso que de sa venida daba el enano de algun castillo. Lo cual prueba, Tirabeque mio, que tampoco los franceses saben pintar cuernos españoles, pues lo que pintan por cuerno mas bien parece copa de Amaltea ó clarín de la antigua usanza.

Iba ya á dejar la revision de las estampas, porque suponía que poco mas ó menos todas adolecerian de la misma inesactitud en lo perteneciente á caracteres ó costumbres españolas, cuando me encontré entre dos ojas una preciosa lámina suelta que se conocia grabada en bronce, y que sin duda habrian introducido allí como muestra de la perfeccion de su grabado en metal, la cual representaba *la visia de Madrid*. Me admiró seguramente la delicadeza del cincel, la limpieza del estampado y la oportuna graduacion de las sombras y las luces. Pero cuando reparé en la plaza de toros que allí mismo se representaba y vi á los toreros lidiando en mangas de camisa (que si

lo ve nuestro Sevilla y coje al dibujante francés á mandamiento del primer revés le echa á pintar toreros al otro mundo) y los rabos de los toros empuados, tiesos y seguidos como rabos de ratones, no pude menos de esclamar: «¿y estos que así desconocen y alteran nuestras costumbres, nuestras producciones, nuestros trajes y nuestras fiestas nacionales, que ni saben pintar Quijotes, ni Sanchos, ni burros, ni cuernos, ni toreros ni rabos de toros españoles, se quiere que sean los que nos den las leyes, y nos rijan y gobiernen según sus gustos, modos y maneras? No será Fr. Gerundio el que así piense. Que aprendan primero á pintar jumentos y toros, y después hablaremos.

Púzeme en seguida á dar una rápida ojeada comparativa entre los dos textos, el original y el traducido; y además de lo que aquel no puede menos de perder como todos saben ó suponen, en la traslación de los modismos, idiotismos y frases fisionómicas de una á otra lengua (y eso que esta traducción á mi humilde modo de entender deberá ser la mejor de todas las extranjeras que se han hecho), me dió lástima ver enteramente adulterados y desnudos de gracia el chapurrado del vizcaino, las baladronadas del héroe manchego, las vo-

ces de *fazaña*, *fermosura* y otras de uso anticuado, los equívocos y refranes de Sancho, la correspondencia epistolar de este y su Teresa, y los versos todos puestos en prosa, de los que podría hacer observaciones muy curiosas si la naturaleza del periódico gerundiano no exigiese cortar á lo mejor para no prolongar demasiado un artículo. Pero no puedo dispensarme de poner siquiera por muestra una sola estrofa de aquellos tan ridículos como graciosos versos del capítulo 26 de la primera parte. Vaya esta media estrofa: no puedo ser mas económico.

Traele amor al estricote,
que es de muy mala ralea;
y así hasta hinchar un pipote,
aquí lloró D. Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Y dice el testo francés: *Un amour de mauvais engance le ballotte et se joue de lui, aussi, jusqu' á remplir un baril, ici pleura Don Quichotte l' absence de Dulcinea du Toboso.*

Que así pega aquí la cola *du Toboso* como la cola de raton al toro de la lámina.—Señor, me decia Tirabeque, Dios me libre que me tra-

duzca á mi y á mis versos ningun francés, aunque se llame Bernardote, ni me pinte nigun Juanote, ni el mismo Luis Felipe, porque se iban á perder todas las gracias de la ritórica mia.

Concluyo con una observacion; y es que en medio de todo, los franceses nos avergüenzan á los apáticos é indolentes españoles con una edicion de todo lujo de una obra nuestra, la mas clásica de las de imaginacion en nuestra literatura, cuando nosotros no hemos sabido salir de impresiones mas ó menos limpias en mas ó menos buen papel, pero que ninguna se acerca ni con mucho al lujo y magnificencia de la que acabo de dar á conocer.

VARGAS Y OLÍAS.

¿Qué hacemos, hermanos ministros y paisanos míos? ¿Almorzamos, ó comemos? ¿O ni almorzamos ni comemos por este presente año? ¿Es cosa de estar así siempre? ¿Será que por querer bailar el agua á los dos partidos, ó por neutralizar las estremadas exigencias de uno y otro, no hayamos de hacer cosa de provecho y Fr. Gerundio haya de estar etérnamente á ver venir? ¿Qué quieren vds. apostar á que

por no querer desairar á nadie, vds. se quedan sin comer, y á nosotros se nos deja la comida debajo de la mesa?

Cuando la imperial Toledo era la capital de la monarquía goda, cuentan los anales gótico-muzarábigos que convidaron á comer á uno de los reyes, que no declara la crónica si se llamaba Ramiro ú Ordoño, Wittizza ó Chindasvinto, dos pueblos de aquella provincia para un mismo dia; los cuales pueblos tenian por nombres VARGAS Y OLÍAS, que no sé si ahora se llamarán Barajas y Folías segun las alteraciones que desde aquellos tiempos hasta los de Fr. Gerundio los nombres de los pueblos como todas las cosas han sufrido. El hecho es que nuestro buen monarca, que en materias de yantar y de bucólica no gustaba de perder ripio, como otros muchos que andando el tiempo en la corte de Madrid le sucedieron, decretó interiormente para no desairar á ninguno de los dos pueblos, comer primero en el uno y despues en el otro. Púsose en efecto camino de Vargas, y al llegar al medio de él, pa recióle que le convenia mas comer primero en Olías, y tomó la direccion de Olías. Cuando estaba cerca de Olías mudó de pensamiento, porque le pareció que le sentaría mejor al

estómago comer primero en Vargas, cuando le ocurrió que debería ser mas tónico comiendo primero en Olías, y volvió bridas hacia Olías. Ya divisaba el campanario de Olías, cuando le aguijó con vehemencia el pensamiento de que habia hecho muy mal en no comer primero en Vargas, y díjole á la servidumbre: paréceme que hemos andado errados en no comer primero en Vargas; soy de opinion que volvamos á Vargas.—Como V. M. lo ordene, le contestaron sus escoltantes vasallos; pero creemos que no le convendria á V. M. dar más paseos porque debe ya llevar sobradamente abierto el apetito.—Asi es en efecto, dijo el Rey; vamos á Vargas y de allí ya no volvemos sin comer. Y volvieron espaldas á Olías y emprendieron el trote hácia Vargas.

Pero fue el caso que cuando llegaron á Vargas, los convidantes, cansados de esperar y desesperanzados de que les honrase la presencia del Rey, ya habian comido. «Ea, dijo S. M., pues vámonos de un galope á Olías.» Y echaron galopando hácia Olías. Pero cuando llegaron á Olías ya habian hasta merendado los de Olías. Siendo el resultado que S. M. gastrónoma junto con su comitiva se quedaron sin comer en uno y otro pueblo, y tubieron que volver-

se á Toledo con mas gazuza que un esclaus-
trado de ahora.

Cuidado pues, hermanos ministros y paisanos mios, no sea cosa que por no querer descontentar ni á los de Vargas ni á los de Olías, nos quedemos todos sin comer, y no veamos una de aquellas medidas de salvacion que al menos por algun tiempo nos alimenten y sostengan. Dificultosillo encuentro que sin comprometeros con Vargas y con Olías podais hacer cosa que de alimento nos sea. Ojala asi fue-e porque eso es lo que la capilla gerundiana ha estado pidiendo siempre. Pero como no es lo mismo ser ministro que Fr. Gerundio, por eso lo decia mi Paternidad.

Tambien sabe mi reverencia que habeis tomado algunas medidas asi como por bajo de cuerda, que no le han parecido mal, sino muy provechosas. Pero ese sistema de encogimiento y ocultacion indica un miedo un poco supérfluo, y dá margen á que algunos lo califiquen de otra cosa. Sobre todo, eso no es marchar á la castellana, ni es tampoco lo mas apróposito para rodearos de prestigio. Romped pues con franqueza y valentía, estiraos todas las mañanas el ombligo, y decid: «castellanos somos y adelante vamos.» Si asi lo hiciéreis, Dios os

lo premie, y sino os lo demande. Y esta es la segunda monicion. La iglesia no tiene mas que tres.

LA GLORIA DE LOS PÁRVULOS.

Doña Clementina, la de los ocho hijos, la viuda de aquel mariscal de campo que murió el año 35 asaltando el fuerte de mas consideracion que tenian los facciosos en Navarra, cobró antes de ayer las tres cuartas partes de la mesada correspondiente á febrero de 37. Los niños, á quienes parece se les afina el olfato las vísperas de noche buena, olieron la existencia de catorce napoleones en el descolorido bolsillo de raso viejo de la mamá, y corriendo la agradable nueva de unos en otros, empezaron á brincar por aquella casa como corderitos en pradera en un dia claro y templado del abril, de forma que los vecinos del cuarto segundo que cae debajo del de doña Clementina formaron proyecto de dejar la casa sin reparar en que tubiesen satisfecho el pago de los dias que faltan del mes, creyendo á no dudar que en el cuarto de arriba habia anidado á pasar las navidades alguna pollada de duendecillos.— «Ya tendremos tambores, y nacimientos, y chicharras, y sables, y escopetas, y turronecillos, y besugos de dulce, y gallos, y mazapanes, y anguilas, y mantequillas, y almendras, y pasas, y castañas, y pabos, y capones, y todo; anda.»— Y volvian á brincar y á retozar trastornando sillas, rompiendo espejos, rozando esteras y bambaleando el pavimento de la casa que pa-

recia se iba á desplomar sobre los antípodas de las regiones inferiores de aquel habitáculo.

Luego que hubieron desabogado los primeros afectos de la alegría agarráronse todos á la falda del vestido de la mamá; de modo que si como se usa traer pendientes á las orejas, se usára traerlos á la cintura, no habria damas ricas y ostentosamente apendientada que doña Clementina.—Mamá, la decia Paquito el goloso: á mí me has de comprar un besugon muy grande, y muchas cajas de turrón de canela y de grosella.—A mí, la voceaba Manolito el sietemesino, me has de traer mantequillas de Soria, y granadas, y unas batatitas de Málaga, y turrón de Alicante y de Jijona (1).—Yo quiero unas peras gordas, decia Rafael el glotoncillo, y peces de todos tamaños, y quesos de mazapan rellenos de dulces, y unas ciruelas, y unos melocotones, y muchas cosas buenas.—Pues á mí, decia Conchita la melindrosilla, lo único que me gusta es el coco de Indias, el Armenia (2), el santillé, ó bien crema á la vainilla, ó un poquito del de yema, pero ha de ser bien historiado, porque sinó me dá náuseas.—Yo, mamá, dijo á su vez Leopoldo el travieso, lo que quiero es que vd. me haga un vestido de úsar, y me compre vd. una cartuchera y una espada bien larga para matar facciosos, y despues con cualquier cosa me contento, aunque sea con unas castañas pilongas.—Mamá, exclamó Ramoncito el de dos lustros, mejor sería que vd. trajera para to-

(1) A este le dá por géneros del reino.

(2) Esta se decide por los extranjeros.

dos una arroba de aquel tocino del cielo (1) que comíamos todas las noches buenas cuando vivía papá.—Mas cuenta creo yo que nos tendría, replicó Teresita la codiciosilla, rayana en los doce, que nos hiciera á cada uno un vestido nuevo, que buena falta nos está haciendo.

Pero hijos, dejarme en paz, dijo la ya atornada y atontecida doña Clementina: ¿vosotros pensáis que traigo aquí algún potosí? Lo que os podré añadir será una sopita de almendra y una ensaladita cocida: porque habeis de saber, hijos míos, que solo he cobrado tres cuartas partes de una paga de las 23 que me están debiendo, y gracias á haber venido la navidad, que sino no sé como me veria para sacaros del año, hijos míos, y eso que falta bien poco.—Mamá, ¿y cuándo viene otra navidad para que te den otra paga? le preguntaba la tierna Luisita, que hasta entonces no habia hablado.—Sí, sí, exclamaron todos á un tiempo, que venga luego otra navidad y otra paga, y por ahora tráiganos vd. los turrónes, y las almendras, y los mazapanes, y las frutas, y todas las cosas. Muchachos, viva la mamá, que nos vá á dar una buena noche buena.—Todos: Vivaaaaa.....

Callad, muchachos ó diablos, que están llamando.—Vaya vd. mamá, que puede que nos traigan otra paga.—¿Quién es?—Señora, el casero. He sabido que ha cobrado vd. hoy, con que ya me parece que es tiempo de que vd.

(1) Este se nos quiere ir derecho á la gloria.

me dé algo á cuenta. Seis meses creo que ha sido bastante esperar.—¿Nos trae vd. otra paga? le preguntaban los niños al casero.—No, hijos, no es otra; es la primera la que pienso llevar.—No habia acabado de hablar el casero cuando llamaron otra vez á la puerta. Era el maestro Gutierrez, el zapatero que calzaba aquel pequeño colegio, y á quien se están debiendo todos los últimos pares que desde la primavera han gastado los angelitos. La lavandera, el sastre, el panadero, á todos parecia que les habian citado y emplazado por providencia judicial para una misma hora á concurso de acreedores. Dividiéronse los 14 napoleones *inter presentes*, y tras ellos marcharon tambien los ocho corazones de los ocho niños. La gloria de los párvulos se convirtió en un lagrimero vivo, y la infeliz doña Clementina no pudo hacer sino emplear una peseta de á cinco que le habia quedado en unas patatas, una verdura y unas castañas para entretener á sus ocho hijos en la noche buena. Ella la pasó discurriendo sobre la imposibilidad de satisfacer las deudas que la quedaban; los niños lloraban y decian: mamá, que no vuelva nunca la navidad.

Asi pasó la noche buena la vinda de un héroe que se sacrificó por la patria, y el dia de pascua no tenia que dar de comer á sus hijos. ¡Y cuántas y cuántos así! Y Fr. Gerundio lo sabe, y tiene un corazon que siente mas de lo que era menester, y todavia tiene que divertir á sus lectores. Este es otro sacrificio.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.

ADICION

AL FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit Fr. Gerundium
non esse periodistam, a gradecidum,
anathema sit.*

Si alguno digere que Fr. Gerun-
dio es un periodista ingrato y mal
correspondido, no le doy las pascuas.

CONG. 3. GER. CAN. ADITION.

UN AGUINALDO Á MIS SUSCRITORES.

Tanto es lo que os quiero, amados suscri-
tores y hermanos míos, tanto es lo que os
quiero, que raya en ceguedad y en entusias-
mo. No quisiera más que daros gusto, porque
vuestró gustos son mis gustos, vuestras desa-
zones son mis desazones, y hasta vuestras im-
pertinencias, si fuérais capaces de darlas, me
harian gracia y no podría ya pasar sin ellas,

como que no tengo, queridos míos, mas hijos que vosotros. Vosotros sois mi delicia, mi amparo y el báculo de mi vejez.

Para daros, pues, una muestra de mi paternal cariño he estado discurrendo daros las pascuas con una fineza, y esta fineza hubiera yo querido que fuese la colacion de noche buena. Pero un maldito resfriado que me acometió (que lo peor que hay de vosotros á mí y de mí á vosotros es no estar mi Paternidad asegurada de enfermedades é indisposiciones), me privó de este gusto: que bien pudisteis conocer en las últimas capilladas que no estaba del mejor humor, porque salieron un si es no es insulsas y flojas; al menos á mí no me gustaron, la verdad. Y euidado que yo Fr. Gerundio el ex-constipado no soy como aquellas señoritas, aquellas hermanas afectadillas y poco francas, que cuando las instan á cantar siempre estan constipadas ó roucas, aun cuando hayan acabado de merendarse un plato de magras y una tortilla de escabeche. Yo solamente lo digo cuando lo estoy; ¡y cuántas veces lo estoy y no lo digo! Y con la cabeza como un bombo tengo que escribir la capillada por no faltaros, hermanos míos muy amados, que to-

(3)

¿avía estoy viendo que tanto quereros me vá á costar la vida.

Pero vamos al caso. Mi gusto hubiera sido haber podido hacer la colacion de noche buena en vuestra compañía, y haber comido los turrones juntos; y á la verdad que sería un bello espectáculo ver á Fr. Gerundio zampano turron al frente de una comunidad tan numerosa, y regocijándose con ella, como se regocijaba el Señor al frente de sus apóstoles y discípulos. Pero ya que esto no pueda ser, porque ni vosotros podíais venir aquí todos, ni habria tampoco refectorio que nos bastára, y que eso podia producir tambien un motin en la capital, porque necesariamente encareceríamos los dulces (y justamente ya estan que rabian estas gentes con dos cuartos que les han subido el pan); he determinado haceros un obsequio que pueda ir por el correo (si los vuestros quereis mandarlos por el ordinario francos de porte como los míos, en esta parte no me gusta coartar la libertad á nadie) (1), daros *un dia de campo en papel*, que esos son

(1) ¡Qué paréntesis tan frailuno!... ¡no es verdad?

(4)

los aguinaldos que podéis esperar de un Fr. Gerundio, una capillada doble con su lamina correspondiente, para que veais qué buen mozo es Fr. Gerundio cuando viste de romántico. El semblante os parecerá triste y jeremítico, en lugar de ser democrítico, alegre y como compete á un suscriptor que se rie de las miserias de los hombres; pero cuando leáis el artículo, lejos de estrañarlo, lo que estrañaréis será que no me ahorcára en casa de vuelta de

UN DIA DE CAMPO.

Aliquando oportet facere excessum, dijo Hipócrates en uno de sus aforismos; que traducido al idioma que me enseñó mi ama de leche, equivale á decir: ¡qué caramba! de cuando en cuando es menester echar una cana al aire. En efecto, la monotonía de una vida uniformemente metódica cansa, debilita, seca y enerva; y la intercalacion de un dia de campo, limpia, fija y da esplendor; corrobora, cicatriza, chupa y aprieta y ayuda á la digestion, en una palabra, es muy saludable para la salud segun Averroes y Cornelio Celso.

Fundado sin duda este principio médico-quirúrgico-higiénico-político-constitucional, tubo á bien uno de los hermanos contertulios de Fr.

Gerundio proponer á la deliberacion de aquel Congreso respetable, un proyecto de ley para tener un dia de campo. Menos propicios se hallaron los padres de los concilios de Efeso y Calcedonia á dar á las proposiciones de disciplina canónica el rotundo y decisivo *p'acer*, que lo estuvieron mis jóvenes contertulios de ambos sexos á aprobar por unanimidad la proposicion de aquel hermano, tanto que no tubo necesidad de apoyarla, y yo mismo por la primera vez de mi vida me puse del lado de la mayoría. Restaba sin embargo una dificultad no pequeña; la sancion de las mamás, que celosas siempre de sus fueros y prerogativas, suelen no pocas veces con un caprichoso y absoluto *veto* dar al traste con el mas alhagüeño y mas ingeniosamente combinado plan. «Señores, dijo el hermano proponente, para las empresas árdúas son los Fr. Gerundios. Que se encargue su Rma. de esta importante mision, y el éxito no debe seros dudoso.» Aprobado, contestaron todos. Y en efecto, mi Paternidad Plenipotenciaria cerca de las vetustas madres de familia manejó con tanto acierto los resortes de la politica que muy en breve tuvo el gusto de poder ofrecer á los pies de las hermosas (que todas deben serlo para estos casos, si tienen delicadeza) el decisivo y lisongero *licet*; «estamos corrientes.»

Obtenido el beneplácito de las señadoras, es decir, vencido el gran puñalco de las dificultades, lo demas era ya mas liavo y menos espinoso. El *cuándo* se deja discurrir por sí mismo:

el Sol iba á entrar en el signo de libra, y los equinoccios son pintiparados para dias de campo. El *dónde* tampoco ofreció discusion, puesto que uno de los honorables miembros de la cámara tenia á su disposicion para casos como este el sitio de recreo de uno de nuestros grandes de España. Formóse pues un presupuesto de gastos, nombróse una comision de dos sócios para buscar tres coches de alquiler de alquiler, porque aunque algunas de las señoras le habian tenido de su propiedad, sus casas se han resentido de los trastornos políticos, y han querido que los pies sean los primeros mártires de la economía doméstica: otras han consultado con el médico, y les ha dicho que el egercicio á pie es mas saludable que el movimiento sobre sopandas; y yo tampoco le tengo, porque... porque no ha llegado mi época.

Dispuesto todo, señalado dia y hora, acordado el punto de reunion, y dados todos los santos y señas, amaneció aquel. Apenas asomó la risueña aurora á los balcones de mi celda cuando se puso mi humanidad en pie derecho, y tomando el traje secular y acomodándole en unos minutos á mis elegantísimas corporales formas, me miré al tocador, y medio enamorado de mi esbeltitud y de la gracia de mi gerundiano talle, y despues de encargado á Tirabeque el cuidado de la casa salí de mi celda diciendo: «y bien Fr. Gerundio, ¿Qué hermosa se resiste á esta estampita? ¡Desgraciados hermanos! ¡Qué papel tan subsidiario os va á tocar hacer al lado de Fr. Narciso vestido de

seglar! Con esta idea me dirigí al punto convenido, y cuando yo creía presentarme como un modelo de virtud contra el vicio de la pereza, me hallé prevenido por la comitiva toda que me saludó diciendo: «por V.P. esperábamos.» Voto á tal! dije, y despues de pedir mil perdones, manifesté mi estrañeza de que las señoritas hubiesen estado tan madrugadoras; en efecto me confesaron que no habian madrugado tanto desde que cumplieron con la pascua.

Ibamos á subir á los coches cuando le ocurrió á doña Lindolfa que se le habia olvidado en casa lo principal.... la sonajita del niño, sin la cual daria mil impertiencias la amable criaturita. Y mandó al criado que fuese volando á buscarla, consolándonos con que seria cosa de un momento. Esto era en la calle de Atocha no lejos de la puerta de este nombre, y doña Lindolfa vivia en la ancha de S. Bernardo no cerca de la plazuela de Sto. Domingo. Mientras esperábamos, el vetusto don Abadejo, viudo, mayor de 65, me tomó de su cuenta, y me hizo una detenida reseña de los artículos de fondo de todos los periódicos de la víspera, y desde entonces empezó la historia de mis contratiempos. Entretenido en escucharle mal de mi grado, no advertí que los demas se divertian en sortear quiénes habíamos de ir en cada coche. Nada supe hasta que se me anunció el resultado, que ya temia yo me fuese funesto. La suerte les habia sido á todos tan propicia, que á cada uno le tocó el sitio y emparejamiento que apetecia, y á mi.... á mi, señores me ha-

bia deparado dos mamás, el viudo don Abadejo y el niño de doña Lindolfa con su niñera. En vano protesté de nulidad sospechando que hubiese habido trampa (sospecha que aun tengo atravesada aquí), y solicité segundo escrutinio. Un tremendo *no ha lugar* pronunciado por aclamacion me convenció de que ya no me quedaba otro recurso que acudir á las dos grandes fuentes del consuelo, siempre abiertas para sobrellevar los grandes azares de la vida, á saber, la filosofía y la religion. Al cabo el rayo de la tempestad cayó en un desierto, porque, la verdad, yo era el mas desacomodado de los concurrentes; todos los demas tenían lados de preferencia.

Cincuenta y nueve minutos eran pasados cuando llegó la sonajita que tenia paralizadas las operaciones; entregósele al amable Antoñito, que apenas la tomó en la mano cuando la arrojó al suelo con una rabia que nos dejó enamorados de la dulzura de su genio. Pero al fin se dió principio á nuestro embarque, cuya tripulacion se componia de doce individuos de plana mayor, tantos como directores de estudios segun el último real decreto; y ademas las criadas y niños. Dímonos á la vela, y Antoñito, como era de suponer, comenzó á llorar; lo cual dió ocasion á don Abadejo para recitarme una larga disertacion sobre las miserias de la vida; y entre otras reflexiones de moral cristiana encajó todo entero el capítulo catorce del libro de Job con aquello de, «el hombre nacido de muger como una flor brota y se

agosta, y todo es en él instable y fugitivo como la sombra de una nube impelida por el viento.» Y además aquello de: «Lo primero que aprende es á llorar &c.» Con cuyo motivo me regalaron las madres un prolongado diálogo sobre el genio y cualidades de cada uno de sus hijos, sobre su sistema de educación, y sobre los trabajos de la maternidad. Item, sobre las criadas que habían mudado, y las mañas de cada una de ellas, con un discurso sobre la relajación del servicio doméstico y la poca confianza con que se podían dejar las casas á su cuidado. De modo que entre los discursos morales del viudo, las conferencias sobre educación de las madres, los plañidos de Antoñito, las voces de la niñera, el ruido de la sonaja y los destemplados gritos del calesero, iba yo tan divertido como vds. se podrán figurar.

Estaríamos como al medio del camino cuando se paró el coche delantero, y de consiguiente el segundo, y el nuestro también que iba recibiendo el polvo de los dos. Era que otro niño que iba en el primero estaba un poco impertinente, y se acordó reunirle con Antoñito para que uno con otro se divirtieran, y allá nos le endosaron; item más el perrito sin el cual la criatura aquella no era capaz de estar de buen humor un cuarto de hora. Colocáronle sobre mi muslo derecho, y por abreviar no quiero decir lo demás que me pasó: baste decir que me pasó el pantalón y la camisa.

Con estos trabajos y otros que omito, arribamos por fin á la posesion del recreo. Hecho el desembarque, ví con satisfaccion la alegría pintada en los semblantes de todos: y ellos debieron verla en el mio, bien que nacidas de causas muy diferentes. Ellos contaban entusiasmados las bromas con que habian amenizado la navegacion, y yo era un Eneas que arribaba al Lacio, despues de una série de trabajos y tormentas por un mar alborotado. Recibiéronos un dependiente de S. E. el dueño de la posesion, y desde aquel momento se constituyó nuestro Mentor en aquella Calipso. ¡Ah! nuestro Mentor! El semblante le calificaba mas bien de cómitre de una casa de desjuiciados, y su comportamiento comprobó demasiado las consonancias de las cualidades intrínsecas con las formas exteriores. Testimonio vivo de que el sistema de Gall no es una paradoja.

Se trató de almorzar y todos nos pusimos á hacer de cocineros, primera confianza de un dia de campo, que ha de concluir por llamarse todos tú por tú. Yo tambien me metí á cochifitear; y como entre otras cosas se dispusiese hacer un pisto con huevos, tomates, pimientos y demas que el arte prescribe, me dió gana de cascar un huevo. ¡Suerte fatal y desastrosa! Todos estaban sanos y frescos, y del mio, no hay mas sino que al modo del que produjo a los dos héroes de Lacedemonia, Castor y Polux, hoy constelaciones celestes, así salieron del que yo casqué dos pollitos,



Los niños con sus madres



«Los mismos con las mismas.»

que no les faltaba mas que hablar. Con eso escusado es decir que Fr. Gerundio fue el blanco de las sátiras durante el almuerzo.

Concluido este y aquellas todo á un tiempo, determinamos dar un paseo por los jardines. Yo acogí la resolución hasta con entusiasmo, porque meditaba variar de compañía y vengar la desastrada suerte del camino. Mas apenas se trató de arreglar el orden de la marcha, cuando pronunció una voz *«Los mismos con las mismas»*, y me quedé mas frio y mas inmóvil que las estatuas de mármol que teníamos enfrente. En obsequio de la verdad debo decir que estuve favorecido, porque empezaron á ponderar á duo mi amabilidad, urbanidad y condescendencia: yo me mostré rendidamente agradecido, y les añadí que me abochornaban con unos elogios que estaba lejos de merecer. La procesion andaba por dentro.

Visitamos pues las hermosas y frondosas calles de árboles, los cuadros de vistosas flores, los artificiosos laberintos, las magníficas glorietas, los estanques con peces de variados colores, las fuentes artificiales, los columpios y juegos de caballos, las casas rústicas, los salones chinos, los soberbios cenadores, las estatuas de alabastro, los lagos de los cisnes, las pobladas pajareras, la choza del ermitaño, las tiernas inscripciones de la amistad, los escudos y blasones de la casa cincelados en los jaspes y dibujados con boxes en los cuadros; vimos las abejas laborear sus pana-

les, y las vimos tambien empañar los cristales luego que nos apercibieron, y vimos otras muchas cosas con que la sobra de lo que ahora falta ha enriquecido aquellos sitios, y ahora fuera impertinente enumerar. Esto asi dicho, á cualquiera dará idea de que iríamos muy divertidos y respirando aire de placer; pero si hubieran vds. tenido que oír como yo á D. Abadejo declamar contra la desigualdad de las riquezas, discurrir sobre el origen de la grandeza de España, sermonear acerca de los males que acarrea el fausto y la dilapidacion, y cortar sus pláticas para enterarme de la virtud de cada planta, su familia y cultivo: si hubieran vds. tenido que escuchar las lamentaciones de la señora agregada sobre la decadencia de su fortuna que tuvo principio en la guerra de la independencia, la enumeracion de los parientes ilustres que cuenta por parte de su abuela materna, y las quejas de lo poco que la han protegido: y si al propio tiempo hubieran vds. visto triscar libremente las otras parejas á quienes favoreció el sorteo de casa, por cierto que no tuvieran vds. mucha gana de reír.

Entretanto el Comité-Mentor parecia que se habia propuesto no dejar medrar á nadie: diez pasos era lo mas que permitia separarse unos grupos de otros, en lo cual decia que obraba con arreglo á instrucciones: no sé quien se las habria dado, pero lo cierto es que parecia un alguacil de vista, y á no constarme que nadie de la comitiva estaba encañ-

sado , le hubiera tenido mas que por guardabosques por un celador de confianza del juez de primera instancia ó de la audiencia territorial. No ví hombre mas estricto y mas intolerante , y creo que hasta se llegó á figurar que en dia de campo no habia necesidades naturales que satisfacer , porque ni aun libertad para eso dejaba.

Llegó la hora de comer , y se discutió si habria de tenerse la comida dentro del palacio ó en el jardin , si con mesa y asientos , ó á la espartana. Yo fuí de esta última opinion , y por aquella vez prevaleció la mia , y en efecto nos recostamos sobre la yerba apoyados los codos en bancos rústicos: éramos una copia del *fusique per herbum* de Virgilio. Me acordé entonces de una ley de Licurgo que ordenaba que en las comidas campestres, donde debe reinar la alegría y la jovialidad , se pusiese á la vista de los convidados una estatua consagrada al Dios de la risa : pero ay de mi ! El retrato de Platon era el que tenia yo delante en el adusto guarda-jardin , y echaba de menos un Licurgo que nos le expatriara ó un Cervero que nos le llevara de allí por una oreja. Sin embargo, el banquete tuvo mas de Ateniese que de Espartano; mas digo, el que mas y el que menos yantaba como un sibarita; y no sé cual hacia los manjares mas sabrosos , si las sales áticas con que los aderezaban los concurrentes, ó la salsa de San Bernardo con que todos parecian condimentados. Hasta el retozon y alegruelo Dios

de los pámpanos se bañaba en plaeer de ver que los rosados y puros labios de la virgen ofreciesen libaciones en su honor: lo que traspasado del lenguaje pinturero de la poesía al descarnado y naturalote de la prosa equivale á decir, que hasta las señoritas se soplaron su copilla.

No me detendré á describir ni las materias que adularon nuestros paladares, ni los chistes con que fueron regalados nuestros oidos, porque altas razones de estado me lo prohiben. Solo si, que habiendo empezado el compleamiento de ordenanza en banquetes de campo, y empeñados en que echase yo á lucir tambien mi musa gerundiana, tentóme el diablo decir la siguiente

DÉCIMA.

Dulce es oir en su idioma
cantar á los ruiñeñores,
pasear entre las flores,
y aspirar su grato aroma,
gusta del campo la broma;
pero al que con sataná
se le peguen dos mamás,
un viudo y un niño ó dos,
aseguro, voto á briós,
que no vuelve al campo mas.

Riéronse las jóvenes, amostazáronse las viejas y la recomendacion que basta entonces con ellas habia logrado se la llevó la trampa. Con-

eluida la comida, las primeras volvieron á solazarse: otro rato, las segundas desdeñaron ya el brazo del hombre de la décima, y yo, sombra oscura de aquel *gaudeamus*, andaba hecho un verdadero tórtolo solitario de aquellas florestas, ansiando la hora y momento de restituirme á mis lares. Una noche del color de mi humor vino á poner término á los juegos y solaces del día, y su negro manto era para mi corazón un alba risueña. Tratóse pues del regreso tan á satisfacción mia como á pesar de todos; acomodáronse en los coches como pudieron ó como quisieron, que á mi ya ni me iba ni me venia, yo aseguré que me mareaba siempre á aquellas horas; por cuya razon preferia venir en el pescante, á lo cual tuve la satisfacción de que nadie opusiera una resistencia tenaz. A las voces nuestras, es decir de los cocheros, empezaron su movimiento las elegantes carrozas del tío Mata el de la calle del Baño. Venia yo ya mas contento que un cuco, cuando al cuarto de hora condensáronse de repente las nubes y comenzó á caer un chaparrón que me puso que no hay mas que pedir. Pues señor, dije entonces, *finis coronat opus*, y mientras los del coche celebraban mi aventura, yo venia haciendo el siguiente monólogo:

Si alguno en lo sucesivo
me quiere á un campo llevar
me ha de firmar escritura
que no me ha de colocar

(16)

entre niños que me lloren,
me humedezcan.... y algo mas,
entre perros y niñeras
que hagan al niño el compás,
estas con sus sonajitas,
aquellos con su ladrar;
entre viudos que me carguen
de párrafos de moral,
y entre madres que me expliquen
su sistema de educar;
si acuestan luego á sus niños,
si los dan de merendar:
que han de dejarme el asiento
á mi eleccion, no al azár;
que no ha de ir siempre mi coche
recibiendo el polvo atrás.
Y sin estas condiciones
aseguro, ¡voto á tal!.....
lo que en la décima dije,
que no vuelvo al campo mas.

